

REPARAR EL MUNDO

HEAL THE WORLD

José Luis López de Lizaga

https://doi.org/10.26754/ojs_arif/arif.202227284

Corine Pelluchon, *Reparemos el mundo. Humanos, animales, naturaleza*, s.l.: NED, 2022, 206 pp.

La profesora francesa Corine Pelluchon tiene ya una trayectoria reconocida en el ámbito del pensamiento animalista. A sus publicaciones anteriores, entre las que cabe destacar el *Manifiesto animalista. Politizar la causa animal* (2017), se añade ahora esta colección de ensayos que retoman la problemática animalista mediante un enfoque amplio y poliédrico: se trata de enlazar “la ecología, la justicia social, la causa animal, la democracia y los rasgos morales que importa adquirir para trabajar conjuntamente por la promoción de otro modelo de desarrollo” (p. 18). El creciente interés que suscitan estos temas y su interconexión se explica por algunas razones que se mencionan también en el libro. El movimiento animalista —tanto en su vertiente teórica o académica como en su vertiente activista— está contribuyendo a crear una conciencia cada vez más amplia del trato moralmente injustificable que damos a los animales (en la producción de alimentos o de artículos de origen animal, pero también en espectáculos, circos, zoológicos, etc.), y a ello se suma la percepción de la crisis climática y la conciencia de que es urgente un drástico cambio de rumbo en las políticas medioambientales de las naciones industrializadas. Estos problemas ya no pueden pensarse hoy por separado, y este libro de Corine Pelluchon tiene el mérito de conectar hábilmente la problemática animalista y la problemática ecologista.

Aunque no estamos ante una monografía, a continuación intentaré destacar algunas ideas que, a mi juicio, vertebran el conjunto del libro, y que me permitirán también apuntar alguna crítica en la parte final de esta reseña. Retomando una periodización que ya había expuesto en su *Manifiesto animalista*, Pelluchon distingue tres fases de la ética animal. La primera fase, que podemos denominar “clásica”, corresponde a las décadas de 1970 y 1980 y está dominada por

las aportaciones seminales de Peter Singer y Tom Regan, los dos autores que sientan las bases teóricas del movimiento animalista en sus dos grandes paradigmas: el utilitarismo y la teoría de los derechos de los animales. La segunda fase corresponde a la década de 1990, y en ella destaca, según Pelluchon, la aportación de Jacques Derrida, cuyo deconstruccionismo habría posibilitado un cuestionamiento filosófico —más profundo, a juicio de la autora, que el que hallamos en Singer o Regan— de los supuestos antropológicos que han condicionado nuestra concepción de los animales y nuestra relación con ellos en la historia de Occidente (si bien hay que señalar que Corine Pelluchon apenas menciona los precedentes de la ética animal en autores como Schopenhauer o Bentham). Finalmente la tercera fase, en la que nos encontramos hoy, se caracteriza por la prioridad que adquiere una cuestión hasta ahora pendiente en el movimiento animalista: su politización, es decir, su plasmación política o institucional, que debe orientarse al objetivo de una “sociedad no especista” (p. 40) en la que los intereses de los animales no humanos sean tenidos en cuenta en las políticas públicas de las instituciones y en las prácticas cotidianas de los ciudadanos.

La autora sostiene convincentemente que en esta tercera fase de la ética animal el conflicto tradicional entre el ecologismo y el animalismo se ha vuelto objetivamente irrelevante. Este argumento se desarrolla especialmente en el capítulo titulado “Ecología y causa animal: las razones de un matrimonio tardío”. Pelluchon recuerda en esas páginas las tensiones debidas a la diversidad de enfoques de ambos movimientos. El ecologismo tiende a ser ecocéntrico u holista —pensemos, por ejemplo, en la ecología profunda de Arne Naess o en las teorías de Aldo Leopold, J. Baird Callicott o Holmes Rolston—, y por tanto tiende a desentenderse del bienestar de los animales individuales, o incluso de poblaciones animales enteras. La ética animal, por el contrario —especialmente en el enfoque de Tom Regan— defiende los intereses de los animales individuales, a los que debemos considerar como titulares de, como mínimo, *derechos morales* (en el sentido de John Stuart Mill). Al público no especialista puede parecerle que estas diferencias son meras sutilezas, pero lo cierto es que durante algún tiempo suscitaron tensiones bastante agudas entre los propios implicados: recordemos que Tom Regan lanzó la acusación de “fascismo ambientalista” a los partidarios de una ética holista como la de Leopold. Pues bien, Corine Pelluchon sostiene que esas disputas están obsoletas, puesto que hoy en día la causa animalista y la causa ecologista son cada vez más la misma causa. (cf. pp. 156-157). Consideremos, a modo de ejemplo, el tema (discutido recientemente en España) de las “macrogranjas”, es decir, las granjas de “ganadería intensiva” o industrial. Sabemos que

estas granjas son instalaciones en las que se trata a los animales con una crueldad injustificable no solo cuando se los mata, sino también por las condiciones en las que permanecen mientras aún están vivos. Las granjas de ganadería intensiva son, pues, un asunto de extrema importancia para la ética animal. Ahora bien, estas explotaciones también tienen efectos medioambientales muy dañinos. Algunos son directos, como la contaminación del entorno o la emisión de gases de efecto invernadero. Otros son más indirectos, y por tanto más difíciles de percibir por la ciudadanía: por ejemplo, la ganadería intensiva fomenta el acaparamiento de tierras para producir cereales destinados a alimentar el ganado de las macrogranjas, lo cual arruina la agricultura (y a los agricultores) de las regiones en las que se establecen esos cultivos masivos. Todo esto muestra que en una economía cada vez más interconectada, defender la causa del movimiento animalista es también defender la causa del ecologismo. Y como recuerda Pelluchon, ambos movimientos son indisociables de una crítica más general a un capitalismo neoliberal globalizado cuya expansión resulta devastadora también desde el punto de vista animalista y ecologista.

Dada la interconexión de estos problemas, y de los movimientos sociales que les hacen frente, Pelluchon sostiene que la única forma correcta de abordar políticamente la causa animalista (y podemos añadir: y ecologista) es la *transversalidad*. Esto significa que las políticas públicas de una verdadera *zoópolis* (es decir: de una organización sociopolítica que incorporase los intereses de los animales) tendrían que estar presentes en todos los niveles de la administración o, por decirlo más coloquialmente, en todos los “ministerios”. Pelluchon lo expresa de este modo: “No se trata solo de reconocer derechos a los animales. En efecto, hay que considerar sus intereses de forma transversal en *todas* las políticas públicas, agrícolas, alimentarias, urbanísticas, educativas y demás” (p. 30). Cabe destacar también que este enfoque transversal se combina con un planteamiento pragmático o posibilista en lo que atañe a la elección entre el *asistencialismo* (*welfarism*) y el *abolicionismo* en relación con la causa animalista. Si bien la contraposición entre estos dos planteamientos es interesante desde un punto de vista académico o teórico, Pelluchon considera que desde un punto de vista práctico o político puede resultar contraproducente, puesto que tiende a dividir y debilitar el movimiento animalista. Así, según la autora el fin último al que debe aspirar el movimiento animalista es el abolicionismo, es decir: la supresión de toda forma de instrumentalización (innecesaria) de los animales por los seres humanos. Pero desde el punto de vista de los medios, podemos fomentar (de manera pragmática) actitudes cívicas y políticas públicas inspiradas más bien en el asistencialismo, es decir,

en la preocupación por mitigar el sufrimiento de los animales, un enfoque menos exigente que el abolicionismo, pero también más fácil de defender ante la opinión pública. Y dicho sea de paso, aunque la autora no explora este asunto su posición ofrece también una forma de mediar, en un plano propiamente teórico, entre el enfoque utilitarista de Singer y el deontológico de Regan.

Todo lo anterior son ideas interesantes y que Corine Pelluchon defiende convincentemente. En cambio, el libro presenta quizás un flanco más débil cuando aborda, en un plano más teórico, la fundamentación de lo que la autora denomina la “ética de la consideración”. En concreto, quisiera referirme brevemente a las páginas en las que Corine Pelluchon aborda la cuestión de la *motivación moral* tanto para cambiar nuestra relación con los animales como para propiciar un “comportamiento ecológicamente responsable” (p. 123). La “ética de la consideración” recurre, para este fin, a una síntesis de fuentes teóricas heterogéneas. La inspiración teórica más importante para Pelluchon procede quizás de Emmanuel Lévinas, pero para el tema de la motivación moral también son relevantes otros referentes: el eudemonismo de Aristóteles, que conecta la moralidad con la felicidad (en lugar de contraponerlas, como sucede en la ética de Kant); la superación del antropocentrismo, que encontramos, por ejemplo, en el ecologismo profundo de un Arne Naess inspirado en Spinoza; o una fuente tan insólita como Bernardo de Claraval, cuyas ideas sobre la consideración y la humildad recupera Corine Pelluchon desligándolas de su contexto religioso medieval. Juntos o por separado, estos enfoques teóricos ofrecen alternativas para cierto déficit motivacional que lastra, según la autora, a las éticas racionalistas inspiradas en la Ilustración, ya se trate de Kant o del utilitarismo. Pelluchon sostiene que las éticas que apelan a los afectos resultan imprescindibles para nuestro tiempo porque los problemas éticos a los que nos enfrentamos requieren algo más que motivaciones basadas en la idea de imparcialidad o en el interés propio. “La sobriedad —leemos, por ejemplo, en la p. 163— no nace de una comprensión intelectual de la gravedad del calentamiento global”. Los meros datos sobre la crisis climática o sobre las condiciones en que se encuentran los animales en las macrogranjas no movilizan a nadie (según Pelluchon) a favor del ecologismo o del animalismo, y por eso la autora considera necesario fomentar un cambio de valores centrado en la *sobriedad*, la *generosidad* o la *justicia*, y cierta actitud de autocontención y de responsabilidad hacia los animales y el medio ambiente. Sin embargo, a mi juicio existe cierto desajuste entre esta apelación a un cambio de valores y el objetivo principal del movimiento animalista en su tercera (y actual) fase según la caracterización de la propia Pelluchon, a saber: el objetivo de la politización. Es posible que las

éticas racionalistas ilustradas no logren aportar motivos suficientes (o no aporten los motivos correctos) para abordar los problemas, hoy ya urgentes, de la ética ambiental o la ética animal, pero en sociedades tan individualistas e incluso cínicas como las actuales difícilmente lograrán efectos *políticos* destacables las recomendaciones de sobriedad, contención o generosidad. La politización de la causa animalista y ecologista puede apoyarse hoy en los datos y las razones, incluidas las razones basadas en el interés propio, más eficazmente que en la apelación a los afectos. Dicho de otro modo: para dar la *voz de alarma* a la opinión pública, mostrar los datos aterradores sobre el deshielo del Ártico y sus consecuencias es quizás más eficaz que recomendar sobriedad o generosidad. Como en otros casos y otras causas, para “politizar la causa animal” no podemos contar solo con la sensibilidad y la generosidad del público, sino que hay que apelar inevitablemente a argumentos prudenciales por una razón que Kant sugiere en sus ensayos de filosofía de la historia: lo que no queramos hacer por razones morales (por ejemplo, modificar radicalmente nuestra relación con la naturaleza y por tanto también con los animales), al final lo haremos porque no nos quede más remedio. Ninguna teoría ética debería hoy, pues, renunciar a este prosaico argumento, el menos complaciente de todos, pero quizás también el más contundente. Lo que no hagamos por las buenas, lo haremos finalmente por las malas.

José Luis López de Lizaga
Universidad de Zaragoza
lizaga@unizar.es